

sala. Estaba vestida con un gran peinador blanco de mil pliegues y de anchas mangas que, partiendo del cuello, la caía hasta los piés. En los dorados cielos de los antiguos cuadros góticos hay de esos sacos deliciosos que envuelven un ángel.

Miróse y contemplóse ella de piés á cabeza en un grande espejo, y despues exclamó con una explosion de éxtasis inefable :

— Era una vez un rey, y este rey tenía una reina. ¡ Oh ! ¡ qué contenta estoy !

Y al decir esto, hizo la reverencia á Marius y á Juan Valjean.

— Véle ahí, dijo, yo voy á instalarme junto á ustedes en una butaca, dentro de média hora se almuerza, ustedes dirán todo cuanto se les antoje, bien sé yo que es menester que los hombres hablen, tendré mucho juicio.

Marius la asió de un brazo, y la dijo amorosamente :

— Estamos hablando de negocios.

— Á propósito, respondió Coseta, heabierto mi ventana, acaban de llegar un monton de gorriones al jardin. ¡ Chirllan tanto ! ¡ e-lán tan alegres y tan revoltosos ! Hoy es miércoles de ceniza ; pero no para los pájaros.

— Te digo que estamos hablando de negocios, véte de aquí, Coselita mia, déjanos un momento. Hablamos de números. Es asunto que te fastidiará.

— Esta mañana te has puesto una corbata muy bonita, Marius. Vaya, monseñor, que está usted más elegante que galante. No, eso no me fastidiará.

— Te aseguro que te fastidiará.

— No, puesto que son ustedes. Yo no comprenderé ni una palabra, pero no le hace, escucharé. Cuando una oye las voces que ama, no necesita comprender las palabras que ellas dicen. Que estemos aquí todos juntos, es todo lo que yo deseo ; Vaya ! Yo me quedo aquí con ustedes.

— ¡ Tú eres mi Coseta bien amada ! Imposible.

— ¡ Imposible !

— Sí.

— Está bien, repuso Coseta. Y yo les habria dado á ustedes algunas noticias importantes de la casa. Les habria dicho que abuelito está aún durmiendo, que su tia de usted ha ido á misa, que la chimenea del cuarto de mi padre Fauchelevent echa humo, que Nicolette ha hecho venir al desollinador, que Toussaint y Nicolette han andado ya en disputas, que Nicolette se burla de Toussaint porque es tartamuda. Pues bien, no sabrán ustedes nada. ¡ Ah ! ¿ conque es imposible ? ya verá usted, caballero, cómo yo á mi vez le diré tambien : es imposible. ¿ Quién será el más chasqueado ? Yo te lo ruego, mi esposito Marius, ¡ déjame aquí con ustedes dos !

— Yo te juro que es preciso que estemos solos, que no haya aquí nadie.

— Y bien, ¿ es que yo soy alguien ?

Juan Valjean no pronunciaba ni una sola palabra. Coseta se volvió hácia él, y le dijo :

— En primer lugar, padre, yo quiero que venga usted á besarme. ¿ Qué es lo que usted hace ahí, sin decir nada, en vez de tomar partido en mi favor ? ¿ quién me ha dado un padre así ? Ya ve usted que soy muy desgraciada en el matrimonio. Mi marido me regaña. Vamos, béseme usted en seguida.

Juan Valjean se acercó á ella.

Coseta se volvió hácia Marius.

— Á usted, le pongo mala cara.

Y presentó en seguida su frente á Juan Valjean.

Juan Valjean dió un paso hácia ella.

Coseta retrocedió.

— ¡ Padre, qué pálido está usted ! ¿ Es que tiene usted peor el brazo ?

— Ya está bueno, contestó Juan Valjean.

— ¿ Ha pasado usted mala noche?

— No.

— ¿ Está usted triste?

— No.

— Pues béseme usted. Si está usted bueno, si duerme bien, si está contento, no le regañaré.

Y volvió de nuevo á presentarle la frente.

Juan Valjean depositó un beso sobre aquella frente donde habia un reflejo celestial.

— Sonriase usted.

Juan Valjean obedeció. Era la sonrisa de un espectro.

— Ahora, defiéndame usted contra mi marido.

— ¡ Coseta!... dijo Marius.

— Enfádese usted, padre. Dígale que es preciso que yo me quede aquí. ¿ Por qué no ha de poderse hablar delante de mí? ¡ Tan tonta me creen ustedes! ¡ Por cierto que son cosas muy extraordinarias las que ustedes tienen que decir! hablar de negocios, colocar el dinero en un banco, ¡ vaya una gran cosa! Los hombres se hacen los misteriosos por nada. Yo quiero quedarme. Estoy muy bonita esta mañana. Miráme, Marius.

Y con un encogimiento de hombros adorable y no sé qué especie de gestillo exquisito, miró á Marius. Hubo como un relámpago que se cruzó entre aquellos dos seres. Que se hallaba allí álguien en su presencia, poco les importaba.

— ¡ Te amo! dijo Marius.

— ¡ Te adoro! dijo Coseta.

Y cayeron irresistiblemente uno en brazos de otro.

— Ahora, añadió Coseta deshaciendo un pliegue de su peñador con ademan triunfante, me quedo aquí.

— Eso no, respondió Marius en tono suplicante. Tenemos algo que terminar.

— ¿ Otra vez, no?

Marius tomó una inflexion de voz grave:

— Te aseguro, Coseta, que es imposible.

— ¡ Ah! me hace usted su voz de hombre, caballero.

Está bien, nos iremos. Usted, padre, tampoco ha querido apoyar mi demanda. Señor marido, señor papá, son ustedes unos tiranos. Voy á decírselo á abuelito. Si ustedes creen que voy á volver, y á hacerles bajezas y bobadas, se equivocan mucho. Tambien yo tengo mi orgullo. Ahora los espero yo á ustedes. Ya verán cómo ustedes son los que van á aburrirse sin mí. Yo me voy, eso está muy bien hecho.

Y salió.

Dos segundos despues, volvió á abrirse la puerta, su fresca y rosada cabeza pasó otra vez aún entre las dos hojas batientes, y gritó:

— Estoy muy incomodada.

Volvió á cerrarse la puerta y todo quedó ya en tinieblas.

Fué aquello como un rayo de sol descarriado que, sin pensarlo, hubiera atravesado bruscamente la noche.

Marius se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada.

— ¡ Pobre Coseta! dijo entre dientes, cuando ella llegue á saber...

Al oír estas palabras, Juan Valjean se puso á temblar en todos sus miembros. Y fijó en Marius sus ojos extrañados.

— ¡ Coseta! oh, sí, es verdad, va usted á decir esto á Coseta. Es justo. Toma, yo no habia pensado en ello. Tiene una fuerza para una cosa, y no las tiene para otra. Caballero, yo le ruego á usted, se lo suplico con toda mi alma y con todo mi corazón, caballero, déme usted su palabra de honor más sagrada, de que no se lo diré. ¿ Es que no basta ya con que usted lo sepa? Yo he podido decirlo de mi propia cuenta y por mi propio impulso, sin

que nadie me forzara á ello, lo habria dicho al universo, á todo el mundo, me es igual. ¡ Pero ella! ella no sabe lo que es eso, y la causaria gran terror y espanto. ¡ Un galeote! ¡ cómo! y habria necesidad de explicarla y de decirle: Es un hombre que ha estado en galeras! Un día vió ella pasar una cadena, una cuerda de presidiarios. ¡ Oh, Dios mio!

Y cayó postrado sobre un sillón, ocultando su rostro con ambas manos. No se le oía, pero por los sacudimientos de sus hombros, veíase que lloraba. Llanto silencioso, llanto terrible.

Hay cierto ahogamiento, cierta sofocación en el sollozo. Le acometió una especie de convulsion, se reclinó hácia atrás sobre el respaldo del sillón, como para respirar, dejando caer sus brazos, lo que hizo que Marius viese su rostro inundado de lágrimas. Marius le oyó murmurar tan bajo que su voz parecia salir de un abismo sin fondo: — ¡ Oh! quisiera morir!

— Serenese usted, dijo Marius, que yo guardaré su secreto para mí solo.

Y, ménos enternecido tal vez de lo que debiera estarlo, pero obligado, hacia ya una hora, á familiarizarse con aquella inesperada y espantosa historia, viendo por grados sustituirse en su presencia un galeote al señor Fauchelevent, dominado insensiblemente por aquella lúgubre realidad, y conducido por la pendiente natural de la situación á consignar y á medir el intervalo que acababa de formarse entre aquel hombre y él, Marius añadió:

— Es imposible que deje yo de decir á usted algo acerca del depósito que tan fiel y honradamente ha guardado usted y ha entregado. Ese es un acto de probidad: y es justo que por ello reciba usted una recompensa. Fije usted mismo la suma, y se le entregará en seguida. No tema fijarla demasiado alto.

— Doy á usted mil gracias, caballero, respondió Juan Valjean con dulzura.

Y permaneció un momento pensativo, pasando maquinalmente la yema de su dedo índice sobre la uña del pulgar. Despues levantó la voz:

— Casi está ya todo concluido. Me queda una postrera cosa...

— ¿ Cuál?

Juan Valjean tuvo como una suprema hesitación, y, sin voz, casi sin aliento, pronunció en tono balbuciente las siguientes palabras:

— Ahora que ya lo sabe usted todo, ¿ cree usted, caballero, usted que es el amo, que no debo ya ver nunca á Coseta?

— Creo que eso seria lo mejor, respondió friamente Marius.

— Ya no la veré jamas, murmuró Juan Valjean.

Y se dirigió hácia la puerta.

Puso la mano en el picaporte, cedió el pestillo, y la puerta se entreabrió. Juan Valjean la abrió suficientemente para poder pasar, permaneció inmóvil un segundo, y despues volvió á cerrar la puerta dirigiéndose hácia Marius.

Ya no estaba pálido, estaba lívido. No habia ya lágrimas en sus ojos, sino una especie de llama trágica. Su voz habia adquirido cierta serenidad extraña.

— Escuche usted, caballero, dijo, si usted quiere, vendré á verla. Le aseguro á usted que lo deseo muchísimo. Si yo no hubiera tenido empeño en ver á Coseta, no le habria hecho á usted la revelación que ha oido de mi boca, sino que me habria marchado; pero deseando quedarme en el mismo lugar en que se halle Coseta, y continuar viéndola, he debido decirselo á usted todo, honrada y lealmente. Usted sigue el hilo de mi razonamiento, ¿ no es verdad? esto es una cosa que se comprende fácilmente. Ya

ve usted, hace nueve años cumplidos que la tengo á mi lado. Hemos habitado primeramente en aquella casucha vieja del boulevard, despues en el convento, y por último, junto al Luxemburgo. Allí fué donde usted la vió por primera vez. Sin duda recuerda usted su gorro de felpa azul. Despues estuvimos en el barrio de los Inválidos, donde habia una verja y un jardin, en la calle de Plumet. Yo habitaba junto á un patiecito interior, desde donde oia su piano. Hé ahí cuál era mi vida. No nos separábamos jamas. Y esto ha durado nueve años y algunos meses. Yo era como su padre, y ella era mi hija. No sé si usted me comprende, señor Pontmercy, pero irse ahora, no volverla á ver jamas, no volverla á hablar, no tener ya nada, seria cosa difícil. Si usted no lo toma á mal, vendré de vez en cuando á ver á Coseta. No vendria con frecuencia. No estaria mucho tiempo. Diria usted que me recibiera en la salita baja, en el piso bajo. Yo entraria de buena gana por la puerta falsa, por donde entran y salen los criados, pero esto tal vez se extrañaria. Creo que vale más que entre yo por la puerta de todo el mundo. Caballero, se lo digo á usted con todas véras. Yo quisiera poder ver aún algunas veces á Coseta. Tan rara vez como usted quisiera. Póngase usted en mi lugar, ya no me queda más que eso. Y ademas, es preciso tener mucho cuidado y mucha cautela. Si yo no volviera aquí nunca, esto produciria mal efecto, no dejaria de extrañarse, y lo hallarian singular. Por ejemplo, lo que pudiera yo hacer es venir por la noche, cuando empieza á anocheecer.

— Venga usted todas las noches, dijo Marius, y Coseta le esperará.

— Viva usted muchos años, señor, dijo Juan Valjean.

Marius saludó á Juan Valjean, la dicha recondujo á la desesperacion hasta la puerta, y aquellos dos hombres se separaron.

## II

## LAS OSCURIDADES QUE PUEDE CONTENER UNA REVELACION

Marius se hallaba trastornado.

La especie de alejamiento que habia él tenido siempre por aquel hombre junto al cual veia á Coseta se la explicaba ya claramente. Habia en aquel sugeto un no sé qué de enigmático y sospechoso de lo cual le advertia su instinto. Este enigma, era la más horrible vergüenza, era el presidio. Aquel señor Fauchelevent no era otro que el galeote Juan Valjean.

Hallar bruscamente tal secreto en medio de su dicha, es una cosa parecida al descubrimiento de un escorpion en un nido de tórtolas.

¿ Estaba condenada para siempre la dicha de Marius y de Coseta á semejante compañía? ¿ Era esto un hecho consumado? ¿ Es que la aceptacion de aquel hombre constituia parte integrante del casamiento efectuado?

¿No habia ya nada más que hacer sobre este asunto?

¿Se habia desposado Marius tambien con el galeote?

Por más que uno se halle coronado de luz y de alegría, por más que saboree la grande hora de púrpura de la vida, el amor feliz, tales sacudimientos harian estremecer hasta al arcángel en su éxtasis, hasta en su gloria al semi-dios.

Como sucede siempre en los cambios á vista de esta especie, Marius se preguntaba si por ventura no tendria él que dirigirse reproches y reconvenciones á sí mismo? ¿Habia él pecado por falta de prevision? ¿Habia carecido de la prudencia necesaria? ¿Se habria aturdido involuntariamente? Tal vez, un poco. ¿Se habia él empeñado, sin las convenientes precauciones para esclarecer los alrededores, en aquella aventura amorosa que habia dado por resultado su casamiento con Coseta? Él comprobaba, — y así es, por una serie de comprobaciones sucesivas de nosotros mismos sobre nosotros mismos, como la vida nos va corrigiendo y mejorando poco á poco, — comprobaba el lado quimérico y visionario de su naturaleza, especie de nublado interior, propio de muchas organizaciones, y que, en los paroxismos de la pasion y del dolor, se dilata, pues la temperatura del alma cambia, é invade al hombre todo entero, en términos de no hacer de él otra cosa que una conciencia envuelta entre la niebla. Ya hemos indicado más de una vez este elemento característico de la individualidad de Marius. Recordaba él que, en la calle de Plumet, durante aquellas seis ó siete semanas extáticas, no habia hablado siquiera á Coseta de aquel drama del desvan Gorbeau cuya víctima habia mostrado un empeño tan obstinado y tan extraño por guardar el silencio más completo durante la lucha, habiendo recurrido despues á la evasion. •Cómo sucedió que no hubiese él hablado de esto á Co-

seta? ¡Y sin embargo era un suceso tan reciente, y tan espantoso! ¿Cómo sucedió que no la hubiese nombrado siquiera á los Thénardier, y, particularmente, el dia en que halló á Eponina? Casi le costaba á él ahora trabajo el explicarse su silencio de entónces. Sin embargo, dábase cuenta de él. Se acordaba de su aturdimiento, de su ebriedad por Coseta, el amor absorbiéndolo todo, aquel arrobamiento del uno por el otro en el ideal, y tal vez tambien, como la imperceptible dosis de razon mezclada con ese estado violento y delicioso del alma, un vago y sordo instinto de ocultar y de borrar en su memoria aquella pavorosa aventura, cuyo contacto temia él, en la cual no queria desempeñar ningun papel. á la cual procuraba sustraerse, y finalmente, en la cual no podia él ser narrador ni testigo, sin ser acusador. Por otra parte, aquellas pocas semanas habian sido para él un relámpago; no habia habido tiempo para nada, sino para amarse. Por último, una vez pesado, considerado y examinado todo, aún cuando él hubiera referido la emboscada Gorbeau á Coseta, aún cuando la hubiese nombrado los Thénardier, cualesquiera que hubiesen sido las consecuencias, aún cuando hubiese él descubierto que Juan Valjean era un galeote, ¿es que todo esto le habria cambiado á él, á Marius? ¿habria cambiado tambien á ella, á Coseta? ¿Habria él retrocedido? ¿La habria adorado ménos por eso? ¿Habria dejado de casarse con ella? ¿No habria cambiado esto en lo más mínimo los hechos que acababan de consumarse? No. Por consiguiente, nada habia que sentir de lo pasado, nada que reprocharse, nada que echarse en cara. Todo estaba bien hecho. Hay un Dios para esos borrachos á quienes llaman los enamorados. En su ceguedád, Marius habia seguido la misma ruta que habria él escogido en su más clara perspicacia. El amor le habia ven-

dado los ojos, para conducirlo ¿adónde? Al paraíso.

Pero este paraíso se hallaba en adelante complicado con un flanco infernal.

El antiguo alejamiento de Marius por aquel hombre, por aquel Fauchelevent convertido en Juan Valjean, se hallaba ahora mezclado de horror.

En este horror, preciso es decirlo, había alguna compasión, y aún cierta sorpresa.

Aquel ladrón, aquel ladrón reincidente, había restituido un depósito. ¡Y qué depósito! Seiscientos mil francos. Y él solo estaba en el secreto del depósito. Pudiera haberlo guardado todo, y todo lo había entregado.

Además, él había revelado libre y espontáneamente su misteriosa situación. Nada le obligaba á ello. Si se sabía quién era, por él mismo era por quien se sabía. En esta confesión, había más que la aceptación de la humillación, había la aceptación del peligro. Para un condenado, una máscara no es una máscara, sino un refugio, un abrigo. Y él había renunciado á este abrigo. Un falso nombre es un amparo y una seguridad; y él había rechazado este falso nombre. Él, el galeote, podía ocultarse para siempre en el seno de una familia honrada; y había resistido á esta tentación. ¿Y por qué motivo? por escrúpulo de conciencia. Él mismo lo había explicado con el irresistible acento de la realidad. En suma, quienquiera que fuese este Juan Valjean, era incontestablemente una conciencia que despertaba. Vislumbrábase allí cierta misteriosa rehabilitación empezada; y, según toda apariencia, hacía ya mucho tiempo que los escrúpulos dominaban á aquel hombre. Tales accesos de bondad y justicia no son propios de las naturalezas vulgares. Despertamiento de conciencia, prueba grandeza de alma.

Juan Valjean era sincero. Esta sinceridad, visible, palpable, irrefragable, evidente aún por el dolor que le

causaba, hacía inútil todo género de informes y daba plena autoridad á todo cuanto aquel hombre decía. De aquí, para Marius, una extraña inversión de las situaciones. ¿Qué resultaba del señor Fauchelevent? la desconfianza. ¿Qué se desprendía de Juan Valjean? la confianza.

En el misterioso balance que de este Juan Valjean hacía Marius en medio de sus calvilaciones, verificaba el activo, verificaba el pasivo, y procuraba llegar á un coitejo que los balanceara. Mas todo esto era como una tempestad. Esforzándose por formarse una idea neta de aquel hombre, y persiguiendo, por decirlo así, á Juan Valjean en el fondo de su pensamiento, Marius le perdía y le hallaba de nuevo en una bruma fatal.

El depósito honradamente devuelto, la probidad de la revelación, todo esto estaba bien. Esto formaba un claro en la nube, pero después la nube volvía á ennegrecerse.

Por más turbios que fuesen los recuerdos de Marius, siempre le venía de allí alguna sombra.

¿Qué era por fin aquella aventura del desvan Jondrette? ¿Por qué, al llegar la policía, en vez de quejarse, aquel hombre se apresuró á evadirse? Ahora hallaba aquí Marius la respuesta. Porque aquel hombre era un desertor de presidio.

Otra cuestión: ¿Por qué había ido aquel hombre á la barricada? Pues ahora Marius veía ya distintamente este recuerdo, el cual reaparecía, en medio de las recientes emociones, como la tinta simpática en el fuego. Aquel hombre estaba en la barricada. Pero no combatía. ¿Qué habría venido á hacer allí? Ante esta pregunta, levantábase un espectro y la daba respuesta: Javert. Marius recordaba ahora perfectamente la fúnebre visión de Juan Valjean conduciendo á Javert agarrotado fuera de la barricada, y le parecía oír aún detrás de la callejuela

de Mondétour el horrible pistoletazo. Era verosmíl que existía un grande odio entre aquel espion y este galeote. El uno estorbaba al otro. Juan Valjean había ido á la barricada para vengarse. Había llegado allí tarde. Sabía probablemente que Javert se hallaba allí prisionero.

La vendetta corsa ha penetrado en ciertas capas bajas de la sociedad y hace allí ley; es tan sencilla, que no causa nunca extrañeza á las almas medio convertidas al bien; y de tal manera están formados esos corazones, que un criminal en via de arrepentimiento puede ser escrupuloso sobre el robo y no serlo sobre la venganza. Juan Valjean había matado á Javert. Á lo ménos esto parecia una cosa evidente.

Última pregunta, en fin; pero esta no hallaba contestacion. Esta pregunta, sentíala Marius como una tenaza ardiendo. ¿Cómo sucedía que la existencia de Juan Valjean se hallara unida durante tanto tiempo á la de Coseta? ¿Qué venía á ser aquel juego sombrío de la Providencia que había puesto á aquella niña en contacto con aquel hombre? ¿Por ventura, hay también allá en el cielo cadenas de doble forjadura, y se complace Dios en emparejar al ángel con el demonio? ¿Un crimen y una inocencia pueden acaso ser camaradas de albergue en el misterioso presidio de las miserias? En ese desfile de condenados que se llama el destino humano, ¿pueden pasar dos frentes, una junto á otra, la una sencilla y candorosa, la otra formidable, bañada la primera con todos los divinos albores de la aurora, y la segunda palidecida para siempre por el siniestro fulgor de un relámpago eterno? ¿Quién había podido determinar esta asociacion inexplicable? ¿De qué manera, á consecuencia de qué prodigio había podido establecerse la comunidad de vida entre aquella criatura celestial y aquel viejo condenado? ¿Quién había podido

asociar el cordero con el lobo, y lo que es más incomprendible aún, hacer que el lobo tomase afeccion al cordero? Pues el lobo amaba al cordero, pues el sér feroz adoraba al sér débil, pues, durante el espacio de nueve años, el ángel había tenido por punto de apoyo al monstruo. La infancia y la adolescencia de Coseta, su venida al mundo, su virginal crecimiento hácia la vida y la luz, habían recibido el amparo y auxilio de aquella afeccion disforme. Aquí, las cuestiones se exfoliaban, por decirlo así, en innumerables enigmas, abriéndose abismos en el fondo de los abismos, y Marius no podía ya mirar hácia Juan Valjean sin experimentar un vértigo. ¿Qué venía á ser pues aquel hombre precipicio?

Los antiguos símbolos genesíacos son eternos; en la sociedad humana, tal cual ella existe, hasta el día en que una claridad más grande la cambie, hay siempre dos hombres, uno superior, y el otro subterráneo; el primero, segun el bien, que es Abel, y el segundo, segun el mal, que es Cain. ¿Qué venía pues á ser aquel Cain tierno? ¿Qué cosa era aquel bandido religiosamente absorto en la adoracion de una vírgen, cuidándola y vigilándola solícito, educándola, guardándola, dignificándola y rodeándola, él el impuro, de nevada pureza? ¿Quién sería aquel leproso que había venerado á aquella inocencia hasta el punto de no dejar en ella ni una sola mancha? ¿Quién era aquel Juan Valjean haciendo la educacion de Coseta? ¿Qué era aquella figura de las tinieblas cuyo único cuidado era preservar de toda sombra y de toda nube el oriente de un astro?

Aquí estaba el secreto de Juan Valjean; aquí estaba también el secreto de Dios.

Ante este doble secreto, Marius retrocedía. Hasta cierto punto, el uno le tranquilizaba acerca del otro. En esta aventura, estaba Dios tan visible como el mismo Juan

Valjean. Dios tiene sus instrumentos. Se sirve de los órganos que quiere. No es responsable para con el hombre. ¿Acaso sabemos nosotros cómo procede Dios en sus obras? Juan Valjean había trabajado á Coseta. Había contribuido mucho á formar aquella alma. Esto era incontestable. ¿Mas qué resultaba de esto? El artífice era horrible; pero la obra era admirable. Dios produce sus milagros como le parece. Él había construido aquella encantadora Coseta, y para ello se había valido de Juan Valjean. Había tenido por conveniente escoger aquel extraño colaborador. ¿Qué cuenta habremos de pedirle nosotros? ¿Es esta la primera vez que el estiércol ayuda á la primavera á hacer la rosa?

Marius se daba estas respuestas y se declaraba á sí mismo que eran buenas. Sobre todos los puntos que acabamos de indicar no se había él atrevido á estrechar á Juan Valjean, sin que sin embargo se confesara él á sí mismo que no se atrevía. Él adoraba á Coseta, poseía á Coseta, Coseta estaba espléndidamente pura. Esto le bastaba. ¿Qué mayores esclarecimientos podía él necesitar? Coseta era una luz. ¿Es que la luz necesita ser esclarecida? Él lo tenía todo; ¿qué podía desear? Todo: ¿es que esto no es suficiente? Los asuntos personales de Juan Valjean no le importaban. Al volverse hacía la sombra fatal de aquel hombre, refugiábase él en esta solemne declaración del miserable: *Yo no soy nada de Coseta.*

*Hee diez años, ignoraba que ella existiera en el mundo.*

Juan Valjean era un pasajero. Él mismo lo había dicho. Pues bien, ahora le tocaba pasar. Quienquiera que él fuese, había concluido ya el papel que hasta aquel momento había desempeñado. En lo sucesivo, estaba allí Marius para desempeñar las funciones de la Providencia cerca de Coseta. Coseta había venido á encontrar en las azules regiones del puro firmamento, su igual, su

amante, su esposo, su varon, su macho celestial. Al emprender su vuelo, Coseta, alada y transfigurada, dejaba tras sí en el suelo, vacía y horrible, su crisálida, Juan Valjean.

Cualquiera que fuese el círculo de ideas en que se resolviese Marius, siempre venía á inspirarle cierto horror el recuerdo de Juan Valjean. Horror sagrado tal vez, pues, como acabamos de indicarlo, sentía él un *quid divinum* en aquel hombre. Pero, por más que se hiciese, y por más atenuacion que se le buscase, preciso era siempre venir á parar á esto: que era un desertor de presidio, es decir, el sér que no tiene siquiera puesto en la escala social, hallándose por bajo del postrer escalon. Despues del último de los hombres, viene el galeote. El galeote no es ya, digámoslo así, el semejante de los vivientes. La ley le ha destituido de toda la dosis de humanidad que puede ella quitar á un hombre. Aunque demócrata, Marius se hallaba aún, con respecto á las cuestiones penales, en el sistema inexorable, y tenía sobre los que la ley condena, todas las ideas de la ley. Digamos que aún no había él realizado en sí mismo, en sus ideas, en sus principios, en sus creencias, todos los progresos. Todavía no llegaba él siquiera á distinguir entre lo que está escrito por el hombre y lo que está escrito por Dios, entre la ley y el derecho. No había él examinado y pesado el derecho que adquiere el hombre de disponer de lo irrevocable y de lo irreparable. Aún no se había rebelado contra la palabra *vindicta*. Hallaba muy natural que ciertas infracciones de la ley escrita se castigasen con penas eternas, y aceptaba, como un procedimiento de civilizacion, la conderacion social. Todavía se hallaba á este punto, salvo el realizar despues infaliblemente mayores progresos, teniendo como tenía una excelente naturaleza, y un alma hecha toda ella de progreso latente.



En este orden de ideas, Juan Valjean le aparecía diforme y repugnante. Era el réprobo, era el galeote. Esta palabra era para él como un sonido de la trompeta del juicio; y despues de haber considerado largo rato á Juan Valjean, su último gesto era el volver la cabeza. *Vade retro.*

Marius, preciso es reconocerlo y aún insistir en ello, al mismo tiempo que interrogaba á Juan Valjean en términos que Juan Valjean le habia dicho: *Me está usted confesando*, no le habia dirigido sin embargo dos ó tres preguntas decisivas. No porque ellas hubieran dejado de presentarse á su espíritu, sino porque le habian infundido miedo. ¿El desvan Jondrette? ¿La barricada? ¿Javert? ¿Quién sabe adónde habrían ido á parar las revelaciones? Juan Valjean no parecia hombre capaz de retroceder; y ¿quién sabe si Marius, despues de haberle excitado, no habria deseado retenerle? ¿No nos ha sucedido á todos, en ciertas ocasiones supremas, despues de haber hecho una pregunta, el taparnos los oídos para no oír la respuesta? Sobre todo, cuando uno ama, es cuando muestra este género de cobardía. No es prudente el cuestionar hasta el fin las situaciones siniestras, sobre todo, cuando en ellas se mezcla fatalmente el lazo indisoluble de nuestra propia vida. De las explicaciones desesperadas de Juan Valjean, podia salir alguna luz espantosa, y ¿quién sabe si esta horrible claridad no habria alcanzado hasta á Coseta? ¿Quién sabe si no habria quedado un resto de resplandor infernal sobre la frente de aquel ángel? La chispa de un relámpago forma tambien parte del rayo. La fatalidad tiene solidaridades de este género, en que la misma inocencia adquiere la marca del crimen por la ley sombría de los reflejos colorantes. Las figuras más puras pueden guardar para siempre la reverberacion de una horrible vecindad. Con razon ó sin lae,

Marius tenía miedo. Sabía él ya demasiado. Procuraba más bien aturdirse que iluminarse. Desatinado, llevábase en sus brazos á Coseta, cerrando los ojos sobre Juan Valjean.

Este hombre era noche todo él, noche viva y terrible. ¿Cómo atreverse á penetrar hasta él fondo? Es espantoso el haber de interrogar á la sombra. ¿Quién sabe lo que va ella á responder? El alba misma podria tal vez quedar ennegrecida para siempre.

En semejante situacion de espíritu, era para Marius una punzante perplejidad el pensar que aquel hombre tuviera en lo sucesivo cualquiera especie de contacto con Coseta. Estas cuestiones formidables, ante las cuales habia él retrocedido, y de donde habria podido salir una decision implacable y definitiva, casi se reconvenia él ahora por no habérselas suscitado á Juan Valjean. Hallábase demasiado bueno, demasiado afable, ó por mejor decir, demasiado débil. Esta debilidad le habia conducido á hacer una concesion imprudente. Se habia dejado ablandar. Habia hecho un absurdo. Habria debido rechazar á Juan Valjean lisa y llanamente. Juan Valjean era la parte que se sacrifica en el incendio; así debió él considerarle, y desembarazar la casa de aquel hombre. Irritábase contra sí mismo, irritábase contra la brusca sacudida de aquel torbellino de emociones que le habia ensordecido, cegado y arrastrado. Y estaba descontento de sí mismo.

¿Qué hacer ahora, pues? Las visitas de Juan Valjean le repugnaban profundamente. ¿Por qué habia de venir á casa aquel hombre? ¿Qué hacer en tan duro trance, en tan terrible compromiso? Aquí él se aturdió, no queria investigar, no queria profundizar; no queria sondearse á sí mismo. Habia prometido, se habia dejado llevar hasta prometer; Juan Valjean tenía su promesa

hasta con un galeote, sobre todo con un galeote, se debe mantener la palabra empeñada. Sin embargo, su primer deber era hácia Coseta. En suma, una repulsion que lo dominaba todo, le indignaba.

Todo este conjunto de ideas le revolvía Marius confusamente en su espíritu, pasando de la una á la otra, y removido por todas ellas. De aquí una profunda turbacion. No le fué fácil empresa la de ocultar á Coseta esta turbacion, pero el amor es un talento, y Marius lo consiguió.

Por lo demas, sin que dejara él traslucir ningun objeto aparente, dirigió algunas preguntas á Coseta, cándida como una paloma, y que estaba muy ajena de sospechar nada; la habló de su infancia y de su juventud, y se convenció cada vez más de que aquel galeote habia sido para Coseta todo lo bueno, paternal y respetable que puede ser un hombre. Todo lo que Marius habia entrevisto y supuesto era la realidad. Aquella ortiga siniestra habia amado y protegido á aquella azucena.

## LIBRO OCTAVO

---

### EL DECRECIMIENTO CREPUSCULAR

---

#### I

#### EL CAURTO BAJO

Al anochecer del dia siguiente, llamaba Juan Valjean á la puerta de la casa Gillenormand. Basque fué quien le recibió. Basque se hallaba esperando en el patio á la hora precisa, y como si hubiese recibido órdenes al efecto. Á veces sucede que se dice á un criado: Esté usted á la mira para cuando llegue el señor fulano.

Sin esperar á que Juan Valjean llegara hasta él, Basque le dirigió la palabra:

— El señor baron me ha encargado que le pregunte á usted si desea subir, ó quedarse abajo?